

EL HISTORICISMO Y LA FILOSOFIA AMERICANA

I

ANTE todo, porque sacude sus cimientos clásicos, obligando a la a buscar asideros para la inestabilidad que de ello le deriva; y después, porque la enfrenta a la responsabilidad de su destino, signado acaso por una misión que le fuera propia. De ahí ciertas notas llamativas del actual despertar filosófico de América: la preferencia por las ciencias del espíritu y la filosofía de la cultura —hagamos abstracción aquí de lo que hay de exagerado en esa preferencia—; el clima continental de la faena filosófica, expresión de una comunidad específica de intereses y de preocupaciones; en fin, la suma de un nuevo tema filosófico: la naturaleza y el sentido de nuestra filosofía, el problema de la filosofía americana.

Este problema es especialmente característico. Prescindiendo del dualismo cultural del Norte y el Sur del hemisferio, lo que le da entidad —lo que lo hace problema— es la cuestión de la autonomía o la peculiaridad de la filosofía americana con relación a la europea. El viejo conflicto cultural entre Europa y América, vuelto consciente ya bajo la colonia y debatido con amplitud en lo político, lo jurídico, lo sociológico, lo literario, lo artístico, ingresa ahora al campo de la filosofía. Es tanto como decir que se colma, que alcanza la plenitud de su formulación; porque no se trata simplemente de que se agregue una nueva faz, sino que el conflicto mismo, llegado a la cúspide, asume la visión total de su paisaje. ¿Sería necesario hacer constar, cuando se habla de semejante conflicto, que no debe entenderse en el sentido de oposición o de beligerancia? Si es en general insensato entenderlo así, lo es particularmente en cuanto a la filosofía se refiere; no podría desarrollarse, ni fuera concebible, una filosofía americana desarraigada del pensamiento tradicional en cuyo cauce el nuestro se ha constituido. Pero son de todas maneras sus relaciones conflictuales con él, situadas dentro del cuadro general de la crisis contemporánea, las que crean y alimentan el problema.

No es nuestro propósito tratarlo plenariamente aquí. (1) Como una limitada contribución a su emplazamiento y elucidación, vamos a glosar tan solo un aspecto del vínculo que existe entre el problema mismo y la actual situación filosófica europea. Bien mirado, ese vínculo se ofrece en un plano más íntimo que el circunstancial, ya aludido, resultante de la crisis. La preocupación por la autenticidad de la filosofía americana, fuera de recibir ocasión de la encrucijada cultural de Occidente, es por sí misma, en cuanto actitud filosófica, manifestación de una determinada tendencia del pensamiento europeo contemporáneo: en la significación más comprensiva del término, el historicismo. Esta tendencia sustenta doctrinariamente aquella preocupación. Por gracia de sus tesis capitales, el historicismo actúa, de hecho, como invocador de la personalidad filosófica de América. Tanto es así que ello no ha ocurrido sólo en nuestro tiempo. Existe un antecedente en la filosofía americana del siglo pasado que ilustra en perspectiva la naturaleza de esa invocación. Resulta por lo mismo precioso para el esclarecimiento de la presente movilización continental en torno al asunto.

II

SI como expresión de un estado de espíritu colectivo, como conciencia cultural, el problema de la filosofía americana es específico de nuestra época, no lo es, en cambio, su planteamiento mismo. Se adelantó a hacerlo hace más de un siglo —otros planteamientos igualmente aislados pueden haber existido también— el argentino Juan Bautista Alberdi. Algunos atisbos los ofreció en un famoso prefacio a una obra de filosofía del derecho publicada en 1837 en Bue-

Desde distintos ángulos se viene señalando en los últimos años el volumen creciente de la actividad filosófica en América. El interés por la filosofía se extiende y se intensifica. Sirve de explicación natural el grado de densidad alcanzado por la cultura en el continente, liberando cada día más al espíritu de quehaceres pragmáticos. Pero no es ajeno al fenómeno la especial coyuntura histórica de nuestro tiempo. La crisis de la cultura occidental excita vivamente a la inteligencia de América y la mueve a reflexión en los planos de la universalidad filosófica.

nos Aires. Dándole cuerpo puso directamente la cuestión en 1840, en el programa de un curso filosófico que hubo de dictar en Montevideo, donde se hallaba emigrado entonces. Más que de un curso docente, el programa —verdadero ensayo— lo era de la filosofía en América en aquel momento de su historia. Pero el autor lo apoyaba en fundamentos a los que confería una vigencia duradera.

Léanse a continuación algunos de sus pasajes: "Cada país, cada época, cada filósofo, ha tenido su filosofía peculiar que ha cundido más o menos, que ha durado más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela han dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano. La filosofía de cada época y de cada país ha sido por lo común la razón, el principio o el sentimiento más dominante y más general que ha gobernado los actos de su vida y de su conducta. Y esa razón ha emanado de las necesidades más imperiosas de cada período y de cada país. Es así como ha existido una filosofía oriental, una filosofía griega, una filosofía romana, una filosofía alemana, una filosofía inglesa, una filosofía francesa y como es necesario que exista una filosofía americana". "Hemos nombrado la filosofía americana y es preciso que hagamos ver que ella puede existir. Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad. Una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan al momento. Americana será la que resuelva el problema de los destinos americanos. La filosofía, pues, una en sus elementos fundamentales, como la humanidad, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales". "Nos importa ante todo darnos cuenta de las primeras consideraciones necesarias a la formación de una filosofía nacional... La filosofía se localiza por sus aplicaciones especiales a las necesidades propias de cada país y de cada momento. La filosofía se localiza por el carácter instantáneo y local de los problemas que importan especialmente a una nación, a los cuales presta la forma de sus soluciones. Así, la filosofía de una nación es la serie de soluciones que se han dado a los problemas que interesan a sus destinos generales. Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales". (2)

De acuerdo con esos fundamentos pasaba Alberdi a determinar concretamente los temas que a su juicio debían ocupar a la filosofía americana de su tiempo, así como los valores esenciales a que debía responder. Dejamos de lado aquí ese aspecto, en gran parte vivo todavía, para circunscribirnos a la tesis del americanismo —y aún nacionalismo— filosófico, no reñida, como se ha visto, con el reconocimiento de la unidad última de la filosofía. Cuando José Ingenieros exhumió ese olvidado escrito de Alberdi, Alejandro Korn encontró en él una entrañable actualidad. Había sido para su autor el fundamento filosófico de las Bases, que han cimentado la organización nacional de la Argentina a lo largo de una centuria. Era preciso según Korn seguir su ejemplo, para identificar de nuevo a la filosofía, esterilizada en la imitación de lo europeo, con las realidades profundas de la nación: "No se puede dar un programa más perfecto y más adecuado a nuestras necesidades. Este es el programa que todavía tiene que regirnos: buscar dentro de

nuestro propio ambiente la solución de nuestros problemas". (3) Se limitaba Korn a referir a su país la actualización del pensamiento de Alberdi. Pero este tiene una significación más amplia, que lo hace válido para cualquier otro país americano, mejor aún, para América abarcada en su unidad cultural. El propio Alberdi lo entendía así, según se ha podido ver; y aunque en su espíritu tuviera presente ante todo a la Argentina, fué en la prensa del Uruguay y para un colegio del Uruguay que publicó su programa, siendo éste el país a que alude ocasionalmente, y siendo la suya, también ocasionalmente, la filosofía nacional que intenta suscitar.

¿Qué clase de influencias condujeron a Alberdi a establecer con tanta lucidez la cuestión de la filosofía en América? Alberdi era la primera cabeza teórica de la generación romántica del Río de la Plata, que tuvo por promotor a Estéban Echeverría. Filosóficamente aquella generación reaccionaba contra el ideologismo iluminista del período rivadaviano, abrazando las nuevas corrientes francesas del siglo: en parte el espiritualismo ecléctico, en mayor grado el sansimonismo; y a través de ellas, en dilución, la filosofía romántica alemana. Fué común a esas diversas corrientes un carácter general del romanticismo: la exaltación de lo concreto e individual, el relieve de los particularismos sociales en el espacio y en el tiempo, la valoración de la experiencia histórica en su originalidad irrepetible. Dicho de otro modo, el espíritu histórico, el historicismo. De ese historicismo, sin desmedro de un fondo racionalista que no lo abandonó, se impregnó Alberdi intensamente, como por otra parte Echeverría, Sarmiento y demás compañeros de generación. Lo recogió primero en el terreno jurídico, por intermedio de Lermínier, divulgador francés de Savigny, el jefe de la escuela histórica del derecho. Lo expresó luego en el campo propiamente filosófico a través de su concepción de la filosofía americana, asimilando inspiraciones que iban de Herder a Hegel, de Cousin a Leroux. El empuje inicial del historicismo en la filosofía moderna repercutió, pues, como un llamado en el espíritu americano, llevando directamente a la primera formulación de su autonomía filosófica. (4)

En el curso del pensamiento europeo el historicismo fué ahogado luego por las tendencias positivistas y cientistas. No había estado ausente en el propio Comte, quien al fin de cuentas elaboró su doctrina en la atmósfera espiritual del romanticismo; pero el auge de las ciencias naturales fué ahogando en el positivismo, aunque nunca lo haya abolido completamente, el sentido histórico característico de su fundador. Cuando esas tendencias, a su vez, fueron desplazadas por el complejo movimiento filosófico contemporáneo, el historicismo ha reaparecido, crecido en significación, entre los aflujos muy diversos que han integrado dicho movimiento. Se trata, si se quiere, de la misma corriente historicista del período romántico, que remansada bajo el positivismo se expandió a su caída. Situada en el tránsito, la figura de Dilthey anuda, a través de una exploración empírica de la historicidad del espíritu, los mejores aportes románticos con el ya vasto acervo de la contemporánea filosofía de la cultura. En el seno de ésta, bajo el acicate de las grandes conmociones actua-

les, el historicismo encuentra su verdadero sentido y despliega generosamente sus posibilidades. Se hace así, más que una escuela o una doctrina determinada, un carácter del tiempo; si cuando el romanticismo fué una nota del espíritu de la época, ahora llega a identificarse íntimamente con el de la nuestra.

Con este renacimiento del historicismo en la filosofía europea, coincide la actual puesta de la filosofía americana en la búsqueda de sí misma. Es que esta búsqueda es en cierto modo una expresión de aquel renacimiento. El historicismo en su esencia, proclama la originalidad, la individualidad, la irreductibilidad del espíritu en función de las circunstancias de tiempo y de lugar; y refiere a esas mismas circunstancias el proceso de su actividad constituyente. Por esa vía América se descubre a sí misma como objeto filosófico. Se descubre en la realidad concreta de su historia y de su cultura, y aún en su naturaleza física en cuanto sostén, contorno y condición de su espiritualidad. Su pensamiento ha tendido espontáneamente a reflejar el de Europa; pero cuando éste, por su propio curso, desemboca en el historicismo, la conciencia de América, al reflejarlo, se encuentra paradójicamente consigo misma, invocada en lo que tiene de genuino. Se vuelve entonces autoconciencia, su reflexión se hace autorreflexión. La propia filosofía europea viene así a prohibir o suscitar la personalidad de la filosofía americana, proporcionándole el instrumento de la emancipación, su herramienta ideológica. Tal ocurrió hace un siglo y tal ocurre hoy, allí donde ocurre. La común filiación del ensayo de Alberdi y las actuales tentativas, con la tendencia historicista europea de entonces y de ahora, es ciertamente algo más que pura coincidencia. Y nada mejor que reparar en ello, por lo demás, para darle a la autenticidad que se persigue el sentido justo que debe tener frente a la unidad y universalidad del espíritu.

III

LA relación existente entre el historicismo contemporáneo y la actual preocupación por la autenticidad de la filosofía americana, explica, por otro lado, que dicha preocupación derive al estudio del pasado filosófico de América. El historicismo confirió siempre especial interés a la historia de la filosofía. Si se parte de la historicidad del espíritu, la filosofía, capítulo eminente de la actividad espiritual, debe ser esclarecida en su proceso histórico. Así fué para el romanticismo con la obra representativa de Hegel, creador de la moderna historiografía filosófica. Así ha sido para el historicismo de nuestros días, a partir de Dilthey, impulsor directo o indirecto de un vasto movimiento en la materia. Es, pues, natural que el historicismo americano, puesto frente al tema de la trayectoria y el sentido de la cultura en el continente, se aplicara en especial a reconstruir su evolución filosófica. Desde la generación de Alberdi pudo no ser advertido por falta de perspectiva temporal. Cosa muy distinta acontece (Pasa a página 19)

(1) Puede verse una síntesis de sus términos, así como su bibliografía, en el Diccionario de Filosofía de J. Ferrater Mora, artículo Filosofía Americana.

(2) J. B. ALBERDI, *Escritos Póstumos*, T. XV. Esta publicación contiene numerosas erratas, inclusive de fecha. Hemos procurado ofrecer el texto depurado en nuestra *Filosofía Pre-Universitaria en el Uruguay*.

(3) J. INGENIEROS, O. *Completas*, T. XVI, p. 368.—A. Korn, *Obras*, T. II, p. 260 y s.; T. III, p. 264 y s.

(4) Véase: R. ORGAZ, *Alberdi y el Historicismo*; C. Albertini, *La Metafísica de Alberdi* (Archivos de la Univ. de Bs. As., 1924, p. 233 y s.).

(Viene de página 24)

con las generaciones actuales, en condiciones de abarcar un conjunto apreciable de tradiciones americanas en el campo de la filosofía.

El interés creciente cada día por tal indagación, constituye quizás la nota dominante de la más reciente actualidad filosófica de América. Suele, empero, no ser bien comprendido. En ciertos medios se ha heredado de la generación positivista anterior, que tuvo que reaccionar en nuestros países contra el historicismo adocenado de la escuela de Cousin, una desconfianza no disimulada hacia la historia de la filosofía. Tanto más si se trata de la filosofía americana: la desconfianza en este caso se convierte fácilmente en desdén. Se piensa en lo escaso o nulo del aporte creador a la filosofía universal del pensamiento americano del pasado, para considerarlo, en general, como un coro de balbuceos o de ecos, digno a lo sumo, de la curiosidad anecdótica. Se refleja ahí, sin duda, una especial concepción de la verdad filosófica: independientemente de la realidad histórica y producto académico y definitivo de los altos hornos de la cultura. Pero acaso se refleja también una radical incompreensión de lo propio, por virtud del colonialismo intelectual tan característico todavía, entre nosotros, de ciertos espíritus.

Pudiera ofrecerse como coherente de esa disposición mental entre los más frescos y encumbrados criterios sobre la historia de la filosofía, el de Nicolai Hartmann. Ha reprochado éste a la historia clásica el haberse preocupado de los pensamientos, las opiniones doctrinales, las concepciones, los sistemas de los filósofos, en lugar de cuáles fueron sus verdaderas "intelecciones"; en otros términos, del significado que para ellos mismos tuvieron sus propias construcciones, y aún fantasías y ensueños, en lugar de sus pensa-

EL HISTORICISMO Y LA FILOSOFÍA AMERICANA

mientos en versales y absolutas del conocimiento. (5) El criterio clásico no justificaría la historia de la filosofía americana; menguado interés propiamente filosófico puede tener por sí misma la reconstrucción, más o menos sistemática, de la filosofía profesada en nuestro pasado, cuando ella ha sido repetición, a menudo mala, de doctrinas europeas. Pero menos todavía la justificaría el criterio de Hartmann; resulta desprovisto de sentido buscar en la historia de esa filosofía, auténticas intelecciones, hallazgos originales e irrevocables para el conocimiento universal. El pasado filosófico de América es así condenado de antemano.

Pero el actual movimiento de historia de la filosofía en nuestro continente —al margen del problema, o los problemas, sobre la verdad filosófica en el seno de la filosofía universal, que un punto de vista como el de Hartmann plantea— tiene o debe tener, otro sentido. Con mayor o menor conciencia de ello, reproduce entre nosotros un tipo distinto de investigación aportado por la historiografía filosófica contemporánea. El que partiendo de la historicidad del espíritu se dirige a esclarecer la conexión del pensamiento filosófico con las estructuras histórico-temporales que lo encuadran. Es decir, la corriente historicista por esencia. Concebida la vida animica de la sociedad como una estructura, la filosofía se presenta en cada caso referida a la realidad histórica en que se inserta. La historia de las ideas filosóficas, entonces, no puede independizarse de la historia general. Cada época tiene un espíritu propio del que participan todos los elementos culturales que le determinan. Existe para las ideas fi-

losóficas una significación histórica que no puede alcanzarse sin la comprensión de las circunstancias concretas que —en su gestación o en su adopción— la han rodeado; y a su vez, toda idea filosófica —original o no— representa una vivencia del espíritu, una experiencia humana, que tiene, en cuanto tal, un valor específico e intrasferible dentro del proceso de la cultura. (6)

Desde ese ángulo, la historia de la filosofía en América cobra para nosotros, los americanos, un interés fundamental. Si no lo tiene como revelación de doctrinas o sistemas originales, y menos como fuente de eventuales conquistas de validez intemporal, lo adquiere, en cambio, como expresión de nuestro espíritu en su historicidad personalísima: en las ideas y en las circunstancias que han protagonizado su desenvolvimiento. No importa que como fórmulas conceptuales esas ideas resulten ser copia, no todas las veces fiel, de ideas ajenas. Quedarán siempre nuestras las circunstancias en que su adopción fue hecha en cada caso; por tales circunstancias es, precisamente, que dichas ideas descienden de su abstracción para penetrarse de vida y de sentido en la experiencia histórica. La recapitulación, así, de nuestro pasado espiritual, se convierte en un elemento decisivo de nuestro destino como cultura. La historia bien entendida de la filosofía es siempre una vuelta a la tradición filosófica para hacerla participar en la meditación del presente. Para América no pierde de ningún modo esa significación la historia de la filosofía universal. Pero se le suma la de la suya propia, que la tiene igualmente, aunque de manera especialísima. La inteligencia americana ha sido

esencialmente receptiva de los contenidos de la inteligencia europea. Averiguar cómo ha pensado históricamente esos contenidos, cómo los ha escogido o se le han impuesto, cómo se los ha incorporado, cómo los ha aprovechado o desperdiciado, cómo los ha sustituido unos por otros, será entonces averiguar a través de qué mecanismos la inteligencia americana, como entidad social, se ha constituido y de ese modo, tomar conciencia de su comportamiento presente así como de las condiciones y posibilidades de su autonomía futura.

Los actuales trabajos de historia de la filosofía en el continente están, por eso, al servicio de una actitud filosófica, antes que de una actitud meramente histórica. Vinculados, se quiera o no, el historicismo, postulan para el pensamiento americano la premiosa necesidad del sentido histórico, proyectado desde el campo de las ideas filosóficas y la sociología de la cultura, a la historia general de nuestros pueblos. Hay en la filosofía americana una sucesión de etapas relativamente orgánicas desde la escolástica colonial al positivismo del siglo pasado. El ciclo filosófico posterior al positivista suele ser llamado, en un sentido muy amplio, el idealismo. Acaso asistamos ahora en el curso de esa evolución a la configuración de una nueva etapa: la etapa historicista.

(5) N. HARTMANN, *El Pensamiento Filosófico y su Historia*, (Trad. de A. del Campo, Montevideo, 1944).

(6) Véase: G. DILTHEY, *La Esencia de la Filosofía*; J. Ortega y Gasset, *Ideas para una Historia de la Filosofía*, (prólogo a la trad. esp. de la Hist. de la Fil. de E. Brehier); J. Gaos, *Antología Filosófica* (Introducción); L. Zea, *El Positivismo en México* (Introducción).